

**Irène Némirovsky**

# **Las moscas del otoño**

(o La mujer de otrora)

## CAPÍTULO PRIMERO

Meneó la cabeza, dijo como otrora:

—Y bien, Yúrochka... Cuida tu salud, querido mío.

Cómo pasaba el tiempo... De niño, al volver al Liceo de Moscú, llegado el otoño, solía venir a despedirse así, en esta misma habitación. Hacía diez, doce años de esto...

Ella miró su uniforme de oficial con una suerte de asombro, de triste orgullo.

—Ah, Yúrochka, pequeño mío, me parece ayer...

Calló, hizo un gesto con la mano. Hacía cincuenta y un años que estaba en la familia Karín. Había sido nodriza de Nicolás Aleksándrovich, el padre de Yuri, había criado a sus hermanos y hermanas después de él, y a sus hijos... Aún recordaba a Aleksánder Kirílovich, muerto en la guerra de Turquía en 1877, tenía treinta y nueve años... Y ahora era el turno de los pequeños, Kiril, Yuri, de ir, también ellos, a la guerra...

Suspiró, trazó en la frente de Yuri el signo de la cruz.

—Ve, Dios te protegerá, querido mío.

—Claro que sí, mi viejita...

Sonrió, con esa expresión burlona y resignada que modificaba de extraña manera su rostro de campesina, espeso y fresco. No se parecía a los demás Karín. El cogió en sus manos las manitas de la anciana, duras como la corteza, casi negras, quiso llevárselas a los labios.

Ella se sonrojó, las retiró precipitadamente.

—¿Estás loco? Como si fuera una dama joven y bella. Ve ahora, Yúrochka, baja... Todavía están bailando abajo.

—Adiós, Niániuchka, Tatiana Ivánovna —dijo con una voz lánguida, de inflexiones irónicas y un tanto dormidas— adiós, te traeré de Berlín un chal de seda, si es que logro entrar, cosa que me sorprendería, y mientras tanto te enviaré de Moscú una pieza de tela para año nuevo.

Ella intentó sonreír, frunciendo aun más los labios, todavía finos, aunque apretados y metidos hacia adentro, como aspirados por las viejas mandíbulas. Era una mujer de setenta años, de aspecto frágil, talla pequeña, rostro vivo y sonriente; su mirada aún podía ser aguda, y en otros momentos cansada y tranquila. Sacudió la cabeza.

—Prometes muchas cosas, y tu hermano es como tú. Pero nos olvidaréis, una vez allí. En fin, quiera solamente Dios que termine pronto y que volváis ambos. ¿Terminará pronto esta maldición?

—Sí, por cierto. Pronto y mal.

—No se debe bromear de esa manera —dijo ella con vivacidad—. Todo está en manos de Dios.

Se apartó de él y se arrodilló ante el baúl abierto.

—Puedes decirles a Platocha y a Piotr que suban a buscar sus cosas cuando quieran. Todo está listo. Las pieles están abajo, y las mantas. ¿A qué hora partís? Es medianoche.

—Si de mañana estamos en Moscú ya estará bien. El tren parte mañana a las once.

Ella suspiró, meneó la cabeza con gesto familiar.

—Ay, buen Señor Jesús, qué Navidades tan tristes...

Abajo alguien tocaba en el piano un vals rápido y ligero; se dejaban oír los pasos de

los bailarines sobre el viejo parquet, y los ruidos de las espuelas.

Yuri hizo un gesto con la mano.

—Adiós, voy abajo, Niániuchka.

—Ve, corazón mío.

Quedó sola. Plegaba la ropa mascullando: "Las botas... Lo del viejo *nécessaire*... puede todavía servir en campaña... ¿No me olvido de nada?... Las pellizas están abajo..."

Así, treinta y nueve años antes, cuando Aleksáandr Kirílovich marchó, ella había embalado los uniformes, lo recordaba muy bien, mi Dios... La vieja criada, Agafia, todavía estaba en este mundo... Ella misma era joven, entonces... Cerró los ojos, dio un hondo suspiro, se alzó pesadamente.

—Me gustaría saber dónde se han metido esos perros de Platochka y Petka —gruñó—. Dios me perdone. Están todos borrachos hoy.

Cogió el chal que había caído al suelo, se cubrió con él los cabellos y la boca, y descendió. El apartamento de los niños había sido construido en la parte antigua de la casa. Ésta era una bella morada, de arquitectura noble, con un gran frontón griego ornado de columnas; el parque se extendía hasta el distrito siguiente, Sujarevo. Desde hacía cincuenta y un años Tatiana Ivánovna no la abandonaba. Ella era la única que conocía todos sus armarios, sus sótanos, y las oscuras piezas abandonadas de la planta baja, que en otros tiempos fueran habitaciones de recepción por las que tantas generaciones habían pasado...

Cruzó rápidamente el salón. Kiril la avistó y la llamó, riendo:

—¿Entonces, Tatiana Ivánovna? ¿Se marchan tus queriditos?

Ella frunció el ceño y sonrió al mismo tiempo.

—Vamos, vamos, no te hará nada mal vivir un poco de vida dura, Kiríluchka...

Este y su hermana Lulú tenían la belleza, los ojos chispeantes, el aire cruel y feliz de los Karín de antaño. Lulú valsaba del brazo de su primo, Chernichef, estudiante de quince años. Ella, por su parte, había cumplido los dieciséis la víspera. Estaba arrebatadora, con sus mejillas rojas, inflamadas por el baile, y sus trenzas negras, espesas, enrolladas alrededor de la cabeza como una oscura corona.

"El tiempo, el tiempo", pensaba Tatiana Ivánovna: "ah, mi Dios, no reparamos en lo rápido que se va, y un día nos encontramos con que esos niñitos nos llevan una cabeza... Lúlichka, también ella, hecha toda una señorita... Mi Dios, y sólo ayer yo decía a su padre 'No llores, Kólinka, todo pasa, corazón mío'. Y ahora es un viejo..."

Este se encontraba de pie ante Helena Vasílievna. La divisó, se estremeció, murmuró:

—¿Ya, ya, Tatiánuchka? ¿Ya están los caballos?

—Es claro, ya es hora, Nicolás Aleksándrovich. Haré que metan las maletas en el trineo.

El agachó la cabeza y se mordió apenas los largos, pálidos labios.

—¿Ya, Dios mío? Pues bien... ¿qué pretendes? Ve, ve.

Se volvió hacia su mujer, sonrió débilmente y, como solía de ordinario, dijo con su voz cansada y calma:

—*Children will grow, and old people will fret...* ¿No es así, Nelly? Vamos, querida, creo que realmente es hora.

Se miraron sin decir nada. Ella echó nerviosamente el chal de encaje negro alrededor de su cuello largo y flexible, única belleza que seguía intacta de su juventud, junto con sus ojos verdes, centelleantes como el agua.

—Voy contigo, Tatiana.

—¿Para qué? — replicó la anciana alzándose de hombros—, sólo cogeréis frío.

—No importa —murmuró ella con impaciencia. Tatiana Ivánovna la siguió en silencio. Atravesaron la pequeña galería desierta. En otros tiempos, cuando Helena Vasílievna se llamaba condesa Elétkzaia, cuando venía para reunirse, en noches de estío, con Nicolás Karín, en el pabellón del fondo del parque, era por esta puertecilla por donde penetraban en la casa dormida... era allí donde ella se encontraba, a veces, por la mañana, con la vieja Tatiana... todavía la veía apartarse de su paso y persignarse. Parecía todo tan viejo, tan lejano, como un sueño extraño. Cuando murió Eletzki se había casado con Karín... Al principio la hostilidad de Tatiana Ivánovna a menudo la había irritado y apenado... Ella era joven entonces. Ahora era distinto. Se sorprendía espionando, con una especie de placer irónico y entristecido, las miradas de la anciana, sus movimientos de retirada y de pudor, como si ella todavía fuese aquella pecadora adúltera que corría a sus citas, bajo los viejos tilos...

Eso, en todo caso, todavía le quedaba de su juventud.

Preguntó en voz alta:

—¿No has olvidado nada?

—Claro que no, Helena Vasílievna.

—Nieva fuerte. Haz que pongan más mantas en el trineo.

—No os preocupéis.

Empujaron la puerta de la terraza que se abrió dificultosamente y chirriando sobre la nieve espesa. La noche helada llegaba con un aroma de abetos congelados, de humo lejano. Tatiana Ivánovna anudó su chal bajo el mentón y corrió hasta el trineo. Todavía se mantenía recta y viva, como en los tiempos en que salía a buscar a Kiril y Yuri, aún niños, en el parque. Helena Vasílievna cerró un momento los ojos, volviendo a ver a sus dos hijos mayores, sus rostros, sus juegos... Kiril, su preferido. Era tan bello, tan... feliz... Temblaba por él más que por Yuri. Amaba a ambos con pasión... Pero Kiril... Ah, era pecado imaginarlo... "Mi Dios, protégelos, sálvalos, haznos envejecer rodeados de todos nuestros hijos... ¡Oyeme, Señor! 'Todo está en manos de Dios', dice Tatiana Ivánovna".

Tatiana Ivánovna subía los escalones de la terraza sacudiéndose los copos de nieve que se le habían pegado en la malla del chal.

Volvieron al salón. El piano había callado. Los jóvenes hablaban entre sí, a media voz, de pie en medio de la habitación.

—Ya es hora, hijos —dijo Helena Vasílievna.

Kiril hizo un gesto con la mano.

—Está bien, mamá, ya mismo. Una copa más, señores...

Bebieron a la salud del emperador, de la familia imperial, de los aliados, por la destrucción de Alemania. Después de cada brindis, arrojaban las copas al suelo, y los lacayos recogían silenciosamente los añicos. Los demás domésticos esperaban en la galería.

Cuando los oficiales pasaron ante ellos, repitieron todos juntos, como una lúgubre lección aprendida de memoria:

—Y bien... adiós, Kiril Nicoláievich... Adiós, Yuri Nicoláievich

Uno solo, el viejo cocinero Antip, siempre borracho y triste, inclinó su cabezota gris sobre el hombro y agregó maquinalmente, con voz fuerte y ronca:

—Dios os conserve sanos.

"Los tiempos han cambiado", pensó Tatiana Ivánovna. "Cuando se marchaban los Barines, antes... Los tiempos han cambiado, y también los hombres".

Siguió a Kiril y a Yuri hasta la terraza. La nieve caía rápidamente. Los lacayos

alzaron sus linternas encendidas, iluminando las estatuas en el umbral del vial, dos Belonas centelleantes de hielo y escarcha, y el viejo parque helado, inmóvil. Por última vez Tatiana Ivánovna hizo el signo de la cruz sobre el trineo y el camino; los jóvenes la llamaron, riendo le tendieron sus mejillas ardientes, acacheteadas por el viento de la noche.

—Vamos, pásalo bien, mi viejita, volveremos, no temas...

El cochero cogió las riendas, lanzó una especie de grito, de silbido agudo y extraño, y los caballos arrancaron. Uno de los lacayos posó la linterna en el suelo y bostezó.

—¿Os quedáis ahí, abuela?

La anciana no respondió. Se fueron. Vio cómo se extinguían, una a una, las luces de la terraza y del vestíbulo. En la casa, Nicolás Aleksándrovich y sus huéspedes habían vuelto a sentarse alrededor de la mesa de la cena. Nicolás Aleksándrovich cogió maquinalmente una botella de champagne de manos de un lacayo.

—¿Por qué no bebéis? —murmuró con esfuerzo—, hay que beber.

Llenó las copas tendidas, con precaución; sus dedos temblaban apenas. Un hombre gordo, con bigotes teñidos, el general Siedof, se le acercó y le susurró al oído:

— No os atormentéis, mi querido. He hablado con Su Alteza. Velará por ellos,, tranquilizaos.

Nicolás Aleksándrovich alzó suavemente los hombros. También él había ido a San Petersburgo... había obtenido cartas y audiencias. Había hablado con el Gran Duque. Como si pudiera evitar las balas, la disentería... "Cuando los chicos han crecido no queda sino cruzar los brazos y dejar correr la vida... Pero uno sigue agitándose, corriendo, imaginando, palabra... Me hago viejo", pensó bruscamente, "viejo y cobarde. ¿La guerra?... Mi Dios, ¿qué mejor suerte habría soñado yo a mis veinte años?"

Dijo en voz alta:

—Gracias, Mijaíl Mijáilovich... ¿Qué queréis? Harán como todos. Que Dios nos dé sólo la victoria.

El viejo general repitió con fervor:

—¡Dios lo quiera!

Los otros, los jóvenes, que habían estado en el frente, callaban. Uno de ellos abrió maquinalmente el piano y tocó unas notas.

—Bailad, hijos míos —dijo Nicolás Aleksándrovich.

Volvió a sentarse a la mesa de bridge, hizo una seña a su mujer.

—Debieras ir a descansar, Nelly. Mira lo pálida que estás.

—Tú también —dijo ella a media voz.

Se estrecharon silenciosamente la mano. Helena Vasílievna salió, y el viejo Karín tomó las cartas y comenzó a jugar, atormentando de vez en cuando, con aire ausente, la arandela del candelero de plata.

## CAPÍTULO SEGUNDO

Durante un tiempo Tatiana Ivánovna escuchó el ruido de los cascabeles que se alejaba. "Van de prisa", pensó. Permaneció de pie en medio del vial, apretujando su chal contra la cara. La nieve, seca y ligera, se le metía en los ojos como polvo; había salido la luna, y las huellas del trineo, cavadas profundamente en el suelo helado, centelleaban con un fuego azul. Cambió el viento y, de inmediato, la nieve comenzó a caer con fuerza. El débil retintín de las campanillas había cesado; los abetos cargados de hielo crujían en el silencio con el sordo gemido de un esfuerzo humano.

La anciana regresó lentamente a la casa. Pensaba en Kiril, en Yuri, con una suerte de penoso asombro... La guerra. Se imaginaba vagamente un campo y caballos al galope, obuses que estallaban como vainas maduras... como en una imagen que había entrevisto... ¿dónde? ... un libro de clase, sin duda, que los niños habían coloreado... ¿Qué niños?... ¿Esos, o Nicolás Aleksándrovich y sus hermanos?... A veces, sintiendo una lasitud como la de esta noche, los confundía en el recuerdo. Un largo sueño confuso... ¿No iba a despertarse, como antaño, con los gritos de Kólinka, en la vieja habitación?

Cincuenta y un años... En esos tiempos también ella había tenido un marido, un hijo... Habían muerto ambos... Hacía tanto... recordaba apenas sus rasgos, a veces... Sí, todo pasaba, todo estaba en manos de Dios.

Subió junto al pequeño André, el más pequeño de los Karín, que estaba a su cuidado. Dormía aún a su lado, en esa gran habitación angular en la que Nicolás Aleksándrovich y, después de él, sus hermanos, sus hermanas, habían vivido. Aquéllos estaban todos muertos o se habían marchado lejos. La habitación parecía demasiado vasta, demasiado alta para los pocos muebles que quedaban, el lecho de Tatiana Ivánovna y la litera de André, con sus cortinas blancas, con su pequeño viejo icono colgado entre los barrotes. Un cofre de juguetes, un antiguo pupitre pequeño de madera, blanco otrora pero que cuarenta buenos años habían pulido y teñido de un gris tierno como una laca... Cuatro ventanas desnudas, un viejo parquet rojo... De día, todo ello se bañaba en una oleada de luz y aire. Cuando venía la noche, con su extraño silencio, Tatiana Ivánovna solía decir: "Ya es tiempo de que vengan otros..."

Encendió una vela, que iluminó vagamente el cielo raso pintado con ángeles de siniestras carotas, cubrió la llama con un cono de cartón, se acercó a André. Dormía profundamente, con la cabeza dorada hundida en la almohada; le tocó la frente y sus manecitas abiertas sobre la sábana, luego se sentó a su lado, en el lugar habitual. De noche solía permanecer así horas enteras, a medias despierta, haciendo malla, abotargada por el calor de la estufa y pensando en los tiempos en que Kiril y Yuri se casaran, cuando nuevos pequeñuelos dormirían allí. André partiría pronto. A los seis años, los varones bajaban a vivir en la planta inferior, con los preceptores y las gobernantas. Pero la vieja habitación jamás había permanecido vacía largo tiempo. ¿Kiril?... ¿o Yuri?... ¿o Lulú, quizás?... Miró la vela que se consumía encogiéndose con un ruido fuerte y monótono en el silencio, agitó suavemente la mano, como meciendo una cuna.

—Todavía me tocará ver unos cuantos, si Dios quiere —murmuró.

Alguien golpeó a la puerta. Se alzó y dijo en voz baja:

—¿Sois vos, Nicolás Aleksándrovich?...

—Sí, Niániuchka...

—No hagáis ruido, no despertéis al pequeño...

Entró; ella cogió una silla, la posó con precaución junto a la estufa.

—¿Estáis fatigado? ¿Queréis un poco de té? El agua se calienta enseguida.

Él la detuvo.

—No. Deja. No necesito nada.

Ella recogió la labor, caída al suelo, volvió a sentarse y agitó rápidamente las agujas brillantes.

—Hace mucho que no veníais a vernos.

Él no respondió, acercó las manos al ronquido de la estufa.

—¿Tenéis frío, Nicolás Aleksándrovich?

Él se llevó ambos brazos al pecho, con un ligero estremecimiento; ella exclamó, como solía en otros tiempos:

—¿Habéis cogido algo, otra vez?

—Que no, viejita.

Ella meneó la cabeza con descontento y calló. Nicolás Aleksándrovich miró hacia el lecho de André.

—¿Duerme?

—Sí. ¿Queréis verlo?

Ella se levantó, cogió la luz y se acercó a Nicolás Aleksándrovich. Él no se movió... Ella se inclinó, le puso rápidamente la mano sobre el hombro.

—Nicolás Aleksándrovich... Kólinka...

—Déjame — murmuró él.

Ella se volvió silenciosamente.

Más valía no decir nada. ¿Y ante quién iba a dejar él correr libremente sus lágrimas, si no ante ella? La misma Helena Vasílievna... Pero los hombres se avergüenzan de su llanto. Más valía no decir nada... Ella retrocedió suavemente en la sombra, dijo a media voz:

—Esperad, voy a preparar un poco de té, nos calentará a los dos...

Cuando regresó, él parecía haberse calmado; giraba maquinalmente la manija de la estufa, haciendo caer el yeso con leve ruido de arena.

—Mira, Tatiana, cuántas veces te he dicho que hicieras tapar esos agujeros... Mira, mira —dijo, señalando una cucaracha que corría por el piso—: salen de ahí. ¿Te parece sano, en una habitación de niños?

—Sabéis bien que es signo de prosperidad para una casa —dijo Tatiana Ivánovna encogiéndose de hombros—: a Dios gracias, siempre las hubo aquí, y vos habéis sido criado aquí, y otros antes que vos

Le puso en las manos un vaso de té que había traído, hizo girar la cuchara.

—Bebedlo mientras está caliente. ¿Hay bastante azúcar?

Él no contestó, tragó un sorbo con aire cansado y ausente y, bruscamente, se levantó.

—Bien, buenas noches, haz reparar la estufa, ¿oyes?

—Si os parece.

—Dame luz.

Ella cogió la vela y fue con él hasta la puerta; bajó delante de él los tres escalones del umbral, cuyos ladrillos rosados, desempotrados, se movían y se inclinaban como arrastrados por un peso hacia la tierra.

—Con cuidado... ¿Vais a dormir, ahora?

—Dormir... Estoy triste, Tatiana, tengo el alma triste...

—Dios los protegerá, Nicolás Aleksándrovich. Se muere en la propia cama, y Dios protege al cristiano en medio de las balas...

—Ya lo sé, ya lo sé ...

—Hay que confiar en Dios.

—Ya lo sé —repitió—. Pero no es sólo eso...

—¿Entonces qué, Barín?

—Todo nos va mal, Tatiana, tú no puedes comprenderlo.

Ella asintió:

—Ayer reclutaron a mi resobrino, el hijo de mi sobrina de Sujarevo, a él también, para esta guerra maldita. No hay más hombres que él en la familia, puesto que el mayor fue muerto en Pentecostés. Quedan una mujer y una pequeña de la edad de nuestro André... ¿y cómo cultivar el campo?... Todos tienen su parte de miseria.

—Sí, son tiempos tristes... Y Dios quiera...

Se interrumpió, dijo bruscamente:

—Vamos, buenas noches, Tatiana.

—Buenas noches, Nicolás Aleksándrovich.

Esperó a que cruzara el salón y quedó inmóvil, oyendo los gritos del parquet bajo sus pasos. Abrió la ventanuca recortada en el vidrio de la ventana. Un viento glacial sopló con violencia, alzándole el chal y las mechas de sus cabellos deshechos. La anciana sonrió, cerró los ojos. Había nacido en el campo, lejos de los Karín, al norte de Rusia, y nunca había bastante hielo, bastante viento para su gusto. "Nosotros solíamos romper el hielo con los pies desnudos, en primavera, y volvería a hacerlo hoy", decía.

Cerró la ventanuca; dejó de oírse el silbido del viento. Sólo continuaba el ruido débil del yeso que caía de las viejas paredes, con su susurro de reloj de arena, y el crujido sordo y profundo del antiguo enmaderado roído por las ratas...

Tatiana Ivánovna volvió a la habitación, rezó largamente y se desvistió. Era tarde. Sopló la vela, suspiró, dijo varias veces en voz alta, en el silencio: "Mi Dios, mi Dios", y se durmió.



## CAPÍTULO TERCERO

Una vez que Tatiana Ivánovna hubo cerrado las puertas de la casa vacía, subió al pequeño mirador instalado en el techo. Era una noche silenciosa de mayo, ya cálida y suave., Sujarevo se quemaba; se divisaba claramente el destello de las llamas, y el viento traía gritos lejanos.

Los Karín habían huido en enero de 1918, hacía cinco meses, y desde entonces, cada día, Tatiana Ivánovna había visto arder pueblos en el horizonte, fuegos apagados, vueltos a encender, a medida que pasaban de los Rojos a los Blancos y de nuevo a los Rojos. Pero nunca un incendio había sido tan cercano como esa noche; el reflejo de las llamas iluminaba tan nítidamente el parque abandonado que se distinguían hasta los arbustos de lilas del gran vial, florecidos desde la víspera. Los pájaros, engañados por la luz, volaban como en pleno día... Los perros aullaban. Luego cambió el viento, llevándose el ruido del fuego y su olor. El viejo parque abandonado recobró su calma y su oscuridad, y el perfume de las lilas llenó el aire.

Tatiana Ivánovna esperó un poco, luego suspiró y bajó: habían sacado las alfombras y los tapices... Abajo, todas las ventanas estaban tapiadas y protegidas por barras de hierro. La platería estaba guardada en el fondo de baúles, en los sótanos; ella había hecho enterrar la porcelana preciosa en la parte antigua, abandonada del huerto... Algunos campesinos la habían ayudado: se imaginaban que todas esas riquezas, más tarde, serían para ellos... Los hombres, ahora, no se preocupaban del bien del prójimo sino para apropiárselo... Así, nada dirían al comisario de Moscú, y más tarde ya se vería... Sin ellos, por otra parte, ella nada hubiera podido... Estaba sola, los domésticos se habían marchado hacía mucho. El cocinero Antip, el último, se había quedado con ella hasta el mes de marzo, y había muerto. El tenía la llave de la bodega, y no pedía otra cosa: "Tatiana, haces mal en no beber vino", decía, "es un consuelo para todas las miserias. Mira, estamos solos, abandonados como perros, y todo me importa un bledo, todo me es igual mientras tenga vino..." Pero a ella nunca le había gustado beber. Una noche, durante las últimas tormentas de marzo, estaban ambos sentados en la cocina; él había comenzado a divagar, a recordar sus tiempos de soldado.

— No son tan tontos los jóvenes con su revolución... A cada uno su turno... Bastante sangre nuestra han bebido, los puercos, los malditos Barines...

Ella no contestaba. ¿Para qué? El había amenazado con quemar la casa, vender las joyas y los iconos escondidos... Había delirado así un tiempo, pobre viejo, y, de golpe, había lanzado una especie de grito quejumbroso, había llamado:

— Aleksáedr Kirílovich, ¿por qué nos dejaste, Barín?

A última hora Antip se había acordado del viejo amo... Una oleada de vómito, sangre negra y alcohol le había salido de los labios; había estado agonizando hasta la mañana, y después se había muerto.

Tatiana Ivánovna fijó las cadenas de hierro a las puertas del salón y salió a la terraza por la puertecilla escondida de la galería. Las estatuas todavía estaban embaladas en sus cajas de tablones; las habían encerrado ahí, en septiembre de 1916, y ahí las habían olvidado. Miró la casa; el delicado amarillo de la piedra estaba ennegrecido por la nieve derretida; bajo las hojas de acanto el estuco se descascaraba, dejando marcas blancuzcas como impactos de bala. El viento había roto los vidrios del invernadero. "Si Nicolás

Aleksándrovich viera esto..."

Dio unos pasos en el vial y se detuvo llevándose las manos al corazón. La figura de un hombre estaba de pie ante ella. Durante un instante, sin reconocerlo, miró ese rostro pálido, exhausto, bajo el quepis de soldado, y luego pronunció con voz temblorosa:

—¿Eres tú? ¿Eres tú, Yúrochka?

—Claro —dijo él con expresión rara, titubeante y fría—, ¿me quieres esconder por esta noche?

—Tranquilízate —dijo ella como en otros tiempos. Entraron en la casa, en la cocina desierta; ella encendió una vela con la que iluminó la cara de Yuri.

—¿Cómo has cambiado, Señor!... ¿Estás enfermo?

—He tenido tifus —dijo él con voz pausada, empañada, ronca— y estuve enfermo como un perro, y muy cerca de aquí, en Temnaia... Pero temía que te enteraras. Estoy bajo la amenaza de arresto y soy pasible de la pena de muerte —terminó diciendo con la misma inflexión monótona y fría—. Quisiera beber...

Ella puso agua ante él y se arrodilló para desatar los trapos sucios y ensangrentados que envolvían sus pies desnudos.

—He caminado mucho —dijo.

Ella alzó la cabeza, preguntó:

—¿Por qué has venido? Aquí los campesinos son insensatos.

—Ah, en todas partes igual. Cuando salí de prisión los papás se habían marchado a Odessa. ¿Adónde ir? La gente va y viene, unos al norte, otros al sur...

Alzó los hombros y dijo con indiferencia:

— En todas partes igual...

—¿Has estado en prisión? —murmuró ella juntando las manos.

—Seis meses.

—¿Por qué?

—Sólo el diablo lo sabe...

Calló, quedó inmóvil y terminó con un esfuerzo:

—Caminé... Salí de Moscú... Un día trepé a un tren-ambulancia y los enfermeros me escondieron... Todavía tenía dinero... Viajé con ellos diez días... luego caminé... Pero había cogido tifus. Caí en un campo, cerca de Temnaia. Una gente me recogió. Permanecí con ellos un tiempo, luego, como se acercaban los Rojos, tuvieron miedo y me marché.

—¿Dónde está Kiril?

—Fue hecho prisionero conmigo. Pero logró escapar, se ha reunido con los papás en Odessa, me filtraron una carta estando preso... Cuando salí hacía tres semanas que se habían marchado. Nunca tuve suerte, mi viejita Niániuchka —dijo sonriendo con su aire burlón y resignado—. Hasta en la prisión, a Kiril le tocó estar en la celda con una mujer joven y bella, una actriz francesa, y a mí con un viejo judío.

Rió, se detuvo, como asombrado él mismo del acento sordo y quebrado de su voz. Apoyó la mejilla en la mano, suspiró:

—Estoy tan feliz de estar en casa, Niániuchka —y de golpe se durmió.

Durmió unas horas, sin que ella se moviera, sentada ante él, mirándolo; las lágrimas corrían silenciosamente por su viejo rostro pálido. Algo más tarde lo despertó, lo hizo subir a la habitación de los niños, lo acostó. Tenía un leve delirio. Hablaba en voz alta, iba tocando los barrotes del lecho de André, donde había estado colgado el icono, y el calendario en la pared, adornado aún con un retrato en color del zar, como en los tiempos de su infancia. Con el dedo indicaba la hoja cuya fecha era 18 de mayo de 1918, y repetía:

—No comprendo, no comprendo...

Luego miró sonriente la cortina que se balanceaba suavemente, el parque, los árboles iluminados por la luna, y ese lugar, cerca de la ventana, en donde el parquet se hundía apenas; la débil luz de la luna lo rellenaba, se movía, oscilaba como un charco de leche. Cuántas veces, mientras su hermano dormía, él se había levantado y había permanecido allí, en el suelo, escuchando el acordeón del cochero, las risas ahogadas de los sirvientes... El olor de las lilas era penetrante, como esta noche... Tendió la oreja, evocó involuntariamente el sonido gimoteante del acordeón en el silencio. Mas sólo un bramido bajo y suave cruzaba por momentos el aire. Se incorporó, tocó el hombro de Tatiana Ivánovna, sentada junto a él en la sombra.

—¿Qué es?

—No lo sé. Se oye desde ayer. Son truenos, quizás los truenos de mayo.

—¿Éstos? —dijo.

Rió con brusquedad, mirándola fijamente con ojos dilatados que la fiebre empalidecía y quemaba con una especie de dura luz:

—¡Es el cañón, viejita!... Ya decía yo... Era demasiado bello...

Pronunció palabras confusas, mezcladas con risas, y luego dijo distintamente:

—Morir tranquilo en esta cama, qué sueño... estoy cansado...

Por la mañana la fiebre había bajado; quiso levantarse, salir al parque, respirar el aire de primavera, tibio y puro, como antes... Era lo único que no había cambiado... El parque abandonado, lleno de hierbas salvajes, tenía un aspecto miserable y triste. Entró en el pequeño pabellón, se acostó en el suelo, jugó maquinalmente con los añicos de los vidrios de colores, mirando a la casa a través de ellos. Una noche, en la cárcel, mientras esperaba de día en día su ejecución, había vuelto a ver en sueños la casa, tal como se le aparecía hoy, desde las ventanas del pequeño pabellón, pero abierta, con sus terrazas llenas de flores. En el sueño había percibido hasta el reptar de la enramada en el techo. Se había despertado sobresaltado y había pensado: "Mañana es la muerte, seguro. Solamente antes de morir uno recuerda de este modo..."

La muerte. No la temía. Pero desaparecer en el tumulto de la revolución, olvidado de todos, abandonado... Estúpido, todo ello... En fin, aún no había muerto... ¿quién sabe? Quizás pudiera escapar. Esta casa... Había estado seguro de no volverla a ver jamás, y allí estaba, y estos pedazos de vidrios de color que el viento siempre quebraba y con los que de niño había jugado, imaginando las costas de Italia... sin duda a causa de su color violáceo de sangre y vino tinto... Tatiana Ivánovna entraba entonces y decía: "Tu madre te llama, corazón mío"...

Tatiana Ivánovna entró llevando un plato de patatas y pan.

—¿Cómo haces para comer? — le preguntó él.

—A mi edad no hace falta gran cosa. Siempre tuve patatas y en el pueblo, a veces, hay pan... Nunca me faltó nada.

Se arrodilló junto a él y le dio de comer y beber como si hubiera estado demasiado débil para llevar los alimentos a la boca.

—Yuri... ¿si partieras ahora?

El frunció el ceño y la miró sin responder. Ella le dijo:

—Podrías andar hasta la casa de mi sobrino, él no te haría ningún mal: si tienes dinero te ayudará a encontrar caballos y podrías llegar a Odessa. ¿Es lejos?

—Tres, cuatro días de tren en tiempos normales... Ahora... Dios sabrá...

—¿Qué hacer? Dios te ayudará. Podrías reunirte con tus padres y darles esto. Nunca

he querido confiárselo a nadie —dijo, mostrando el dobladillo de su vestido—, son los diamantes del gran collar de tu madre. Antes de marcharse me dijo que los escondiera. No pudieron llevarse nada consigo, partieron la misma noche en que los Rojos tomaron Temnaia, y tenían miedo de ser arrestados... ¿Cómo vivirán ellos ahora?

—Mal, sin duda —dijo él encogiéndose de hombros con lasitud—: Y bien, veremos mañana... Pero vamos, te haces ilusiones, en todas partes es igual, y aquí, al menos, los campesinos me conocen, nunca les hice daño...

—¿Quién puede saber lo que tienen en el alma esos perros? —gruñó ella.

—Mañana, mañana —repitió él cerrando los ojos—, veremos, mañana... Está tan bonito todo esto, Dios mío...

Así pasó el día. Al caer la noche, regresó hacia la casa. El bello crepúsculo era límpido y tranquilo como el de la víspera. Dio un rodeo, bordeó el estanque; en otoño los arbustos a su vera se habían cubierto de hojas, y sobre la superficie flotaba aún una espesa capa de hojas muertas, que habían permanecido bajo el hielo. Las flores de las lilas caían como una ligera lluvia; en algunos sitios apenas se veía el agua negra, que refulgía débilmente.

Regresó a la casa, subió a la habitación de los niños. Tatiana Ivánovna había puesto la mesa junto a la ventana abierta; reconoció uno de los pequeños manteles de tela fina, reservados especialmente para los niños cuando comían en su habitación durante sus breves enfermedades, y el tenedor, el cuchillo de viejo sobredorado, y la pequeña jarra deslucida.

—Come, bebe, corazón mío. He cogido para ti una botella de vino de la bodega, y a ti siempre te gustaron las patatas cocidas bajo la ceniza.

—Desde entonces se me ha pasado el gusto —dijo él riendo—, pero gracias igual, viejita.

Caía la noche. Hizo encender una vela, la puso en un ángulo de la mesa. Qué silencio... Preguntó:

—Níániuchka, ¿por qué no seguiste a los papás?

—Alguien tenía que quedarse a cuidar la casa.

—¿Te parece? —dijo con una suerte de ironía melancólica—, ¿y para quién, Dios mío?

Callaron. Volvió a preguntar:

—¿No querrías reunirte con ellos?

—Iré si me llaman. Encontraría mi camino; nunca he sido falsa, ni tonta, gracias a Dios... Pero ¿qué pasaría con la casa?

Se interrumpió súbitamente, dijo en voz baja:

—¡Escucha!...

Alguien golpeaba, abajo. Se levantaron ambos precipitadamente.

—¡Escóndete, escóndete por amor del cielo, Yuri!...

Yuri se acercó a la ventana, miró hacia afuera con precaución. Había salido la luna. Reconoció al muchacho, de pie en medio del vial; había retrocedido unos pasos y gritaba.

— ¡Yuri Nikoláievich! ¡Soy yo, Ignat!... No tengáis miedo...

Era un cochero joven que había sido criado en casa de los Karín. De chico Yuri jugaba con él... Era él quien cantaba acompañándose con el acordeón durante las noches de verano, en el parque... "Si ése me tiene entre ojos", pensó bruscamente Yuri, "que todo se vaya al diablo, ¡y yo también!" Se asomó a la ventana, gritó:

—Sube, hombre...

—No puedo, la puerta está atrancada.

—Baja a abrir, Niania, viene solo.

Ella susurró:

—¿Qué has hecho, infeliz de ti?

Él hizo un gesto con la mano.

—Sucederá lo que tenga que suceder... De todos modos, me ha visto... Vamos, ve a abrirle, viejita...

Ella permanecía parada, sin moverse, temblorosa y en silencio. Él se dirigió a la puerta. Ella lo detuvo, la sangre había vuelto a sus mejillas.

—¿Qué haces? No serás tú quien baje a abrirle a un cochero. Espérame.

El alzó suavemente los hombros y volvió a sentarse. Cuando ella regresó, seguida de Ignat, se levantó y se adelantó hacia ellos.

—Buenas tardes, me alegro de verte.

—Yo también, Yuri Nikoláievich —dijo el muchacho sonriendo. Tenía una cara buena, rechoncha, rosada y llena.

—¿Has comido bien, tú?

—Dios me ayudó, Barín.

—¿Tocas el acordeón, como antes?

—A veces...

—Me gustaría escucharte... Quédate aquí un poco...

Ignat no respondió; seguía sonriendo, mostrando sus grandes dientes brillantes.

—¿Quieres beber? Trae un vaso, Tatiana.

La anciana obedeció con humor. El muchachote bebió.

—A vuestra salud, Yuri Nikoláievich.

Callaron. Tatiana Ivánovna se adelantó:

—Ya está bien. Ahora vete. El joven Barín está cansado.

—Deberíais venir conmigo al pueblo, Yuri Nikoláievich...

—¡Ah! ¿Por qué? —murmuró Yuri con una involuntaria inflexión de la voz— ¿por qué, hombre?

—Es necesario.

Tatiana Ivánovna pareció dar un salto brusco adelante, y en su apacible rostro pálido Yuri, de golpe, vio pasar una expresión tan salvaje, tan extraña, que se estremeció, y dijo con una suerte de desesperación:

—Deja. Calla, te lo suplico. Deja, no es nada...

Ella gritaba sin escucharlo, con las delgadas manos tendidas como garras:

—¡Ah, maldito diablo, hijo de perra! ¿Crees que no leo lo que piensas, en tus ojos? ¿Quién eres tú para dar órdenes a tu amo?

Él volvió hacia ella un rostro cambiado, de ojos fulgurantes, luego pareció calmarse y dijo con indiferencia:

—Calla, abuela... Hay gente en el pueblo que quiere ver a Yuri Nikoláievich, eso es todo...

—¿Acaso sabes lo que quieren, al menos? —preguntó Yuri.

Se sentía de golpe fatigado, con un único deseo sincero en el fondo de su corazón: acostarse y dormir largamente.

—Hablaros sobre la repartición del vino. Hemos recibido órdenes de Moscú.

—¡Ah! ¿Así que es eso? Mi vino te ha gustado, veo. Pero podríais haber esperado a mañana, sabes.

Se dirigió a la puerta, e Ignat lo siguió detrás. Se detuvo en el umbral. Durante un

segundo Ignat pareció titubear y, de pronto, con el mismo movimiento con que solía coger el látigo, llevó la mano a la cintura, extrajo el máuser, disparó dos tiros. Uno dio a Yuri entre los hombros; éste emitió como un grito sorprendido, gimió. Una segunda bala le penetró en la nuca, matándolo de golpe.

## CAPÍTULO CUARTO

Un mes después de la muerte de Yuri, un primo de los Karín, un anciano medio muerto de hambre y de cansancio que iba de Odessa a Moscú en busca de su mujer, desaparecida durante el bombardeo, paró una noche en casa de Tatiana Ivánovna. Le dio noticias de Nicolás Aleksándrovich y los suyos, y su dirección. Gozaban de buena salud pero vivían miserablemente. "Si lograras hallar a alguien seguro...", titubeó, "para entregarles lo que dejaron..."

La anciana partió rumbo a Odessa llevando consigo las joyas, en el dobladillo de su falda. Durante tres meses marchó por las carreteras, como cuando iba en peregrinación a Kiev, subiendo a veces en los trenes de los hambrientos, que comenzaban a bajar hacia el sur. Una tarde de septiembre entró en casa de los Karín. Jamás olvidarían el momento en que golpeó a la puerta, cuando la vieron aparecer, con su aire huraño y tranquilo, su lío de ropas a la espalda y los diamantes que le golpeaban las piernas fatigadas, ni su rostro pálido, del que toda la sangre parecía haberse retirado, ni su voz cuando les anunció la muerte de Yuri.

Vivían en una habitación sombría sobre el puerto; los sacos de patatas yacían ante las ventanas para amortiguar el impacto de las balas, y Lulú y André jugaban a las cartas a la luz de un brasero en el que se terminaban de consumir tres trocitos de carbón. Ya hacía frío y el viento entraba por las ventanas rotas. Kiril dormía en un ángulo, y Nicolás Aleksándrovich empezaba allí la que sería su ocupación principal por el resto de sus días, caminar de una pared a otra con las manos cruzadas detrás de la espalda, pensando en lo que ya nunca volvería.

—¿Por qué lo mataron? —preguntó Lulú—, ¿Por qué, Señor, por qué? —Las lágrimas le corrían por la cara, cambiada, envejecida.

—Temían que volviera a recuperar las tierras. Pero decían que siempre había sido un buen Barín, y que había que ahorrarle la miseria de un juicio y una ejecución, y que más valía matarlo así...

—Cobardes, perros —gritó de pronto Kiril—, ¡darle un balazo en la espalda! ¡Malditos campesinos!... ¡Poco os azotamos en nuestros tiempos!... —Mostró el puño a la anciana con una suerte de odio:

—¿Lo oyes? ¿Lo oyes?

—Lo oigo —dijo ella—, pero ¿de qué sirve lamentarse de que haya muerto así o de otro modo? Dios lo recibió aun sin los sacramentos, lo pude ver en su rostro tranquilo. Que Dios nos dé a todos un fin tan calmo... No vio nada, no sufrió nada.

—Bah, no comprendes nada.

—Es mejor así —repitió ella.

Fue la última vez que pronunció el nombre de Yuri en voz alta; parecía como si hubiera sellado sus viejos labios acerca de él, para siempre. Cuando los otros lo recordaban, ella no contestaba, permanecía muda y fría, miraba al vacío con una especie de desesperación helada.

El invierno fue extremadamente duro. Les faltó el pan, la ropa. Únicamente las joyas que había traído Tatiana Ivánovna les procuraban a veces algo de dinero. Había semanas enteras de guerra civil, de bombardeo, cuando la mitad de la ciudad ardía y la

nieve cubría con indiferencia las vigas calcinadas de las casas destruidas, los cadáveres de los hombres y de los caballos descuartizados. En otros momentos la ciudad cambiaba; llegaban provisiones de carnes, frutas, caviar... Sólo Dios sabía cómo... El cañoneo cesaba y la vida, precaria y embriagadora, volvía a comenzar. Embriagadora... eso, sólo Kiril y Lulú podían sentirlo... Más tarde, el recuerdo de ciertas noches, de paseos en barca con otros jóvenes emigrados como ellos, el gusto de los besos, del viento que soplabá al alba sobre las agitadas olas del mar Negro, no se borraría jamás de sus mentes. El largo invierno terminó, y otro verano y el invierno siguiente, cuando la hambruna fue tal que los pequeñuelos que morían eran llevados al entierro por montones, en viejos sacos. Los Karín sobrevivieron. En el mes de mayo, pudieron embarcarse en la última nave que abandonó Odessa, llegar a Constantinopla, y Marsella.

Desembarcaron en Marsella el 28 de mayo de 1920. En Constantinopla habían vendido las joyas que les quedaban y eran dueños de algún dinero, cosido en los cinturones según una vieja costumbre... Iban vestidos con harapos, tenían extrañas caras, espantosas, miserables, duras. Los niños, pese a todo, parecían alegres; reían con una especie de sombría liviandad que hacía sentir a los viejos aun más su propia fatiga.

El aire límpido de mayo estaba cargado de un olor a flores y pimienta; la muchedumbre se desplazaba lentamente, se detenía ante los escaparates, reía y hablaba en voz alta; las luces, la música de los cafés, todo parecía singular como en un sueño.

Mientras que Nicolás Aleksándrovich reservaba habitaciones en un hotel, los niños y Tatiana Ivánovna permanecieron un momento fuera. Lulú, con su rostro pálido tendido hacia adelante, cerraba los ojos, aspiraba el aire perfumado de la tarde. Los grandes globos eléctricos iluminaban la calle con una luz difusa y azul; finos árboles en ramilletes agitaban sus ramas. Pasaron unos marineros, que miraron riendo a la bonita muchacha inmóvil. Uno de ellos le arrojó suavemente una brizna de mimosa. Lulú se echó a reír.

—Qué bello, qué encantador país —dijo—, un sueño, Niániuchka, mira...

Pero la anciana se había sentado en un banco y parecía dormir, con su pañuelo blanco estirado sobre su blanca cabeza y las manos cruzadas en las rodillas. Lulú vio que tenía los ojos abiertos y que miraba fijamente delante de ella. Le tocó el hombro, la llamó:

—¿Nianiuchka? ¿Qué tienes?

Tatiana Ivánovna se sobresaltó, se levantó. En ese instante Nicolás Aleksándrovich les hizo una seña. Entraron, atravesaron lentamente el hall sintiendo a sus espaldas las miradas curiosas. Las alfombras espesas, de las que habían perdido la costumbre, parecían pegarse a sus suelas como cola. En el restaurante tocaba una orquesta. Se detuvieron, escucharon esta música de jazz que oían por primera vez, sintieron una especie de vago espanto, de arrobó insensato. Era un mundo distinto...

Entraron en sus habitaciones, permanecieron largo rato junto a las ventanas mirando pasar los coches por la calle. Los niños repetían:

—Salgamos, salgamos, vamos a un café, a un teatro...

Se bañaron, cepillaron sus vestimentas, se precipitaron hacia la puerta. Nicolás Aleksándrovich y su mujer los siguieron más lentamente, más penosamente, más devorados, también ellos, por una sed de libertad y de aire.

En el umbral Nicolás Aleksándrovich se volvió. Lulú había apagado la electricidad. Se olvidaban de Tatiana Ivánovna, sentada ante la ventana. La luz de un pico de gas ante el pequeño balcón iluminaba su cabeza gacha. Estaba inmóvil y parecía esperar. Nicolás Aleksándrovich preguntó:

—¿Vienes con nosotros, Niániuchka?



Ella no respondió.

—¿No tienes hambre?

Sacudió la cabeza y luego, de golpe, se levantó, trezando nerviosamente los flecos de su chal.

—¿Debo deshacer las maletas de los niños? ¿Cuándo nos marchamos?

—Pero si acabamos de llegar —dijo Nicolás Aleksándrovich—. ¿Por qué quieres volver a partir?

—No lo sé —murmuró ella, con expresión ausente y cansada—, creía que...

Suspiró, abrió los brazos, dijo en voz baja:

—Está bien.

—¿Quieres venir con nosotros?

—No, gracias, Helena Vasílievna — pronunció no sin esfuerzo—; no, verdaderamente...

Se oía a los niños que corrían por el pasillo. Los ancianos se miraron silenciosamente y suspiraron, luego Helena Vasílievna hizo un gesto con la mano, salió y, tras ella, Nicolás Aleksándrovich se marchó cerrando suavemente la puerta.

## CAPÍTULO QUINTO

Los Karín llegaron a París al principio del verano, y alquilaron un pequeño apartamento amueblado en la calle de l'Arc-de-Triomphe. En esa época París estaba invadido por la primera oleada de emigrados rusos, que se amontonaban todos en Passy, alrededor de l'Etoile, inclinándose hacia el Bois de Boulogne cercano. Ese año el calor era sofocante..

El apartamento era pequeño, oscuro, asfixiante; había un olor a polvo, a viejas telas; los bajos cielos rasos pesaban sobre las cabezas; de las ventanas se veía el patio, angosto y profundo, cuyos muros habían sido blanqueados con cal y reverberaban cruelmente bajo el sol de julio. Desde la mañana se cerraban los postigos y las ventanas y, en esas cuatro pequeñas habitaciones oscuras, los Karín vivían hasta la noche, sin salir, asombrados por los ruidos de París, y respiraban con desazón los malos olores de los fregaderos, de las cocinas, que subían del patio. Iban, venían, de una pared a otra, silenciosos, como vuelan las moscas de otoño cuando el calor, la luz y el verano han pasado, penosamente, cansadas, irritadas, arrastrando sus alas muertas contra los vidrios.

Tatiana Ivánovna, sentada el día entero en una pequeña ropería al fondo del apartamento, remendaba las vestimentas. La criada, una muchacha normanda, roja y fresca, pesada como un percherón, entreabría a veces la puerta y gritaba: "¿No os aburrís?", imaginando que la extranjera la comprendería mejor si articulaba con fuerza las palabras, como cuando uno le habla a un sordo, y su voz estruendosa hacía temblar la pantalla de porcelana de la lámpara.

Tatiana Ivánovna sacudía vagamente la cabeza, y la criada volvía a zarandar sus cacerolas.

André había sido puesto en un internado junto al mar, en Bretaña. Poco después se marchó Kiril. Había ubicado a su compañera de celda, la actriz francesa, encerrada con él en la prisión de San Petersburgo en 1918. Ahora se hallaba ricamente mantenida. Era una chica generosa, una rubia de hermoso y pesado cuerpo, loca por Kiril... Esto simplificaba la existencia. Pero al regresar a casa, al alba, a veces le sucedía ponerse a mirar el patio bajo las ventanas y sentir deseos de extenderse sobre esos adoquines rosados y de terminar de una vez por todas con el amor, con el dinero y con todas sus complicaciones.

Después le pasaba. Se compraba bellas ropas. Bebía. A fines de junio se marchó a Deauville con su amante.

En París, cuando el calor cedía hacia el anochecer, los Karín salían, iban al Bois, al Pavillion Dauphine. Los padres se quedaban allí, escuchando tristemente el ruido que hacían las orquestas, rememorando las mejanas y los jardines de Moscú, mientras Lulú paseaba con otras muchachas y muchachos por los viales oscuros recitando versos, jugando al juego del amor.

Lulú tenía veinte años. Era menos bella que antes, delgada y de movimientos bruscos, como los de un muchacho, piel oscura, ruda, bronceada por el viento de la larga travesía, y con una expresión extraña, cansada y cruel. Le había gustado su vida de traqueteos, amenazas, estímulos. Ahora lo que prefería eran esos paseos al crepúsculo de París, y las largas, silenciosas veladas en los bistrós, los pequeños cafés populosos, con su olor a yeso, alcohol, y el ruido del billar en la habitación del fondo... Hacia medianoche

iban a casa de uno u otro y volvían a beber y a acariciarse en la sombra. Los padres dormían; oían vagamente el gramófono hasta la madrugada. No veían nada, o no querían ver nada.

Una noche, Tatiana Ivánovna salió de su habitación para retirar una ropa que secaba en el cuarto de baño; la había olvidado la vispera sobre el calentador y tenía que zurcir un par de medias de Lulú. A menudo trabajaba de noche. Necesitaba poco sueño y desde las cuatro o cinco estaba en pie, rondando silenciosamente por las habitaciones; jamás entraba en el salón.

Esa noche había oído pasos y voces en el vestíbulo; los niños, sin dudas, se habían marchado hacía rato... Vio luz bajo la puerta del salón. "Han olvidado apagar la electricidad, de nuevo", se dijo. Abrió y, sólo entonces, oyó el gramófono que tocaba, rodeado por una barricada de almohadones; la música baja, jadeante, parecía atravesar un espesor de agua. La habitación estaba a media luz. Solamente una lámpara, velada por un trapo rojo, iluminaba el diván en el que Lulú, extendida, parecía dormir con el vestido abierto en el pecho y abrazada a un muchacho de pálido y delicado rostro echado hacia atrás. La anciana se acercó. Dormían de veras, con los labios aún pegados, las caras pegadas una a otra. Un olor de alcohol y un humo espeso llenaban la habitación; el piso sembrado de vasos, botellas vacías, discos, almohadones que guardaban aún la forma de los cuerpos.

Lulú se despertó, miró fijamente a Tatiana Ivánovna, sonrió; sus ojos dilatados, ennegrecidos por el vino y la fiebre, tenían una expresión de indiferencia burlona y de extremada fatiga. Murmuró suavemente:

—¿Qué quieres?

Sus largos cabellos deshechos colgaban hasta la alfombra; hizo un gesto para alzar la cabeza, gimió; la mano del muchacho estaba crispada en las mechas despeinadas. Ella se las arrancó bruscamente, se sentó.

—¿Qué hay? — repitió con impaciencia.

Tatiana Ivánovna miraba al muchacho. Lo conocía bien; lo había visto a menudo de niño, en casa de los Karín; se llamaba príncipe Georges Andrónikov, ella recordaba sus bucles rubios, sus cuellos de encaje.

—Me arrojas eso fuera, inmediatamente, ¿oyes? —dijo de golpe, apretando los dientes, con la vieja cara temblorosa y lívida.

Lulú se encogió de hombros.

—Está bien, cállate... se va enseguida...

—Lúlichka — murmuró la anciana.

—Sí, sí, calla, por amor de Dios...

Detuvo el gramófono, encendió un cigarrillo, lo arrojó enseguida, ordenó brevemente:

—Ayúdame.

Silenciosamente pusieron orden en la habitación, recogieron las colillas, los vasos vacíos; Lulú abrió las ventanas, aspiró ávidamente la bocanada de frescura que subía de los sótanos.

—Qué calor, ¿eh?

La anciana nada decía, apartaba los ojos con una especie de pudor salvaje.

Lulú se sentó en el alféizar y se puso a balancearse suavemente, tarareando. Estaba con resaca, parecía enferma; sus mejillas pálidas tenían placas lívidas, bajo el polvo que los besos habían borrado; los grandes ojos entornados miraban derechamente ante sí, parecían

profundos y vacíos.

—¿Qué es lo que tienes, Niania? Todas las noches es así —dijo finalmente, con voz calma, enronquecida por el vino y el humo—. ¿Y en Odessa, Dios mío?... ¿En el barco?... ¿Nunca notaste nada?

—Qué vergüenza —murmuró la anciana con expresión de asco y sufrimiento—. ¡Qué vergüenza!... y tus padres que duermen aquí al lado...

—¿Y qué? Qué cosa, ¿estás loca, Niania? No hacemos nada de malo. Bebemos un poco, nos besamos, ¿qué tiene de malo? ¿Crees que los papás no hacían lo mismo cuando eran jóvenes?

—No, hija.

—Ah, ¿lo crees, eh?

—También yo fui joven, Lúlichka. Hace mucho de eso, pero recuerdo aún la sangre joven que hervía en mis venas. ¿Crees que eso se olvida? Y recuerdo a tus tías, cuando tenían veinte años, como tú. Era en Karínovka, y la primavera... Ah, qué tiempo que tuvimos ese año... Todos los días, paseos por el bosque y el estanque... Y por la noche, bailes en casa de los vecinos o en casa... Cada una tenía su enamorado y, muchas veces, partían todos juntos en troika, al claro de luna... Tu finada abuela decía: "En mis tiempos..." ¿Pero qué? Sabían muy bien que había cosas permitidas y otras prohibidas... Por la mañana, a veces, venían a mi habitación a contarme lo que había dicho éste, o aquél... Un día, así, se pusieron de novias, se casaron, y vivieron, con su parte de miseria y su parte de felicidad, honestamente, hasta el día en que Dios las reclamó... Murieron jóvenes, lo sabes, una al dar a luz y la otra, cinco años después, de una mala fiebre... Ah sí, recuerdo... Teníamos los caballos más hermosos de la región, y a veces salían a cabalgar por el bosque, tu padre que entonces era un muchachito, y sus amigos, y tus tías, con otras jóvenes, y los lacayos que llevaban las antorchas por delante...

—Sí —dijo amargamente Lulú, señalando el triste saloncito oscuro y mirando la vodka grosera en el fondo del vaso que hacía girar maquinalmente entre los dedos—. Claro está, ahora el decorado ha cambiado...

—No es eso lo único que ha cambiado —gruñó la anciana. Miró tristemente a Lulú.

—Hija, perdóname... no hace falta que tengas vergüenza, te vi nacer... ¿No cometiste el pecado, al menos?... ¿Aún eres una niña?...

—Pero claro, mi viejita —dijo Lulú.

Recordaba una noche de bombardeo en Odessa, cuando se quedó en casa del barón Rosenkranz, ex-gobernador de la ciudad; él estaba preso, y su hijo, solo, vivía allí. El cañoneo había estallado tan bruscamente que ella no había tenido tiempo de regresar a su casa, y había pasado la noche en el palacio desierto, con Serge Rosenkranz. ¿Qué habrá sido de ése? Estaría muerto, sin duda... El tifus, la hambruna, una bala perdida, la prisión... no había más que elegir, realmente... Qué noche... Los muelles ardían... Desde el lecho en que se acariciaban podían ver las napas de petróleo inflamado que corrían sobre el puerto...

Recordaba la casa, del otro lado de la calle, con su fachada derruida y las cortinas de tul que se balanceaban en el vacío... Esa noche... la muerte estaba tan próxima...

Repitió maquinalmente:

—Sí, Niániuchka...

Pero Tatiana Ivánovna la conocía bien; sacudió la cabeza, frunciendo silenciosamente sus viejos labios.

Georges Andrónikov gimió, se volvió pesadamente, se despertó a medias.

—Estoy completamente borracho —dijo muy suavemente.

Se dirigió tambaleando hasta el sillón, apoyó el rostro en los almohadones y se quedó del todo inerte.

—Ahora trabaja todo el día en un garaje y se muere de hambre. Si no fuera por el vino... y todo lo demás, ¿para qué vivir?

—Ofendes a Dios, Lulú.

Bruscamente la muchacha escondió la cara en sus manos y rompió en sollozos desesperados.

—Niániuchka... ¡querría estar en casa!... ¡En casa, en casa! —repitió retorciéndose los dedos con gesto nervioso y extraño, desconocido para la anciana—. ¿Por qué nos castigan así? ¡No hicimos nada malo!...

Tatiana Ivánovna le acarició dulcemente los cabellos deshechos, impregnados de un olor tenaz de humo y vino.

—Es la santa voluntad de Dios.

—¡Me fastidias, no sabes decir más que eso!...

Se secó los ojos, alzó los hombros con violencia.

—¡Vamos, déjame!... Vete... Estoy nerviosa y cansada. No digas nada a los papás... ¿Para qué? Los harías sufrir inútilmente, y no impedirías nada, créeme... Nada. Eres demasiado vieja, no puedes comprender.

## CAPÍTULO SEXTO

Un domingo de agosto, cuando volvió Kiril, a pedido de los Karín se celebró una misa por el alma de Yuri. Fueron todos a pie hasta la rue Daru. Era un día espléndido; brillaba el azul del cielo. En la avenue des Ternes había una feria al aire libre, con una música salvaje, polvo, y una muchedumbre, apiñada y lenta, que miraba con curiosidad a Tatiana Ivánovna, con su chal negro sobre los cabellos y su falda larga.

En la rue Daru la misa se celebraba en la cripta de la iglesia; los cirios crepitaban suavemente; durante los intervalos entre los responsos se oían las gotas de cera caliente que caían en las baldosas. "Por el reposo del alma del servidor de Dios, Yuri..." El cura, anciano de largas y temblorosas manos, hablaba en voz baja, suave y apagada. Los Karín rezaban silenciosamente; ya no pensaban en Yuri, él estaba tranquilo, mientras que ellos tenían aún tanto camino que recorrer, un camino largo y oscuro. "Mi Dios, protégeme... Mi Dios, perdóname...", decían. Solamente Tatiana Ivánovna, arrodillada ante el icono que brillaba débilmente en la sombra, tocaba con su frente inclinada las frías baldosas y no pensaba sino en Yuri, no rezaba más que por él, por su salvación y su reposo eterno.

Terminada la misa, regresaron, compraron unas rosas jóvenes a una niña que pasaba por la calle, despeinada y riendo. Comenzaban a amar esta ciudad y a este pueblo. En la calle uno olvidaba todas las miserias no bien salía el sol, y sentía el corazón volar sin saber por qué...

Los domingos la criada tenía permiso. La comida fría estaba servida en la mesa. Comieron apenas, después Lulú puso las rosas ante una vieja foto de Yuri niño.

—Qué mirada extraña tenía —dijo Lulú—, nunca lo había notado... Una indiferencia, una fatiga; mirad...

—Siempre noté esa mirada en los retratos de gentes que debían morir jóvenes o de modo trágico —murmuró Kiril con malestar—, como si lo supieran todo de antemano y no les importara... Pobre Yuri, era el mejor de todos nosotros...

Contemplaron silenciosamente el pequeño retrato desvanecido.

—Está tranquilo, está a salvo para siempre.

Lulú arregló sus flores con esmero, encendió dos velas, las puso a ambos lados del marco, y todos quedaron inmóviles, en pie, tratando de pensar en Yuri, pero sólo sentían una especie de tristeza helada, como si largos años hubieran pasado desde su muerte. Sólo dos años...

Con gesto maquinal, Helena Vasílievna limpió suavemente el polvo que cubría el vidrio, como lágrimas en un rostro. De todos sus hijos, Yuri era al que menos había comprendido, menos amado. "Está con Dios", pensó, "es más feliz que los otros..."

Se oía el ruido de la fiesta en la calle.

—Hace calor aquí —dijo Lulú.

—Y bien, salid, hijos, ¿qué queréis? Respirad el aire y mirad la fiesta; a vuestra edad, yo prefería las ferias de Moscú antes que Ramos, o que las fiestas de la Corte.

—También a mí me gusta —dijo Lulú.

—Y bien, ve —repitió la madre con lasitud.

Lulú y Kiril se fueron. Nicolás Aleksándrovich, de pie ante la ventana, miraba los muros blancos, sin verlos. Helena Vasílievna suspiró. Cómo había cambiado... No se había

afeitado... Llevaba una vieja chaqueta, llena de manchas... Qué bello y encantador, otrora... ¿Y ella? Se miró de reojo en un espejo, vio su rostro pálido, la hinchazón malsana de la carne, y la vieja bata desatada... Una vieja, una anciana, ¡mi Dios!...

—Niániuchka —dijo de pronto.

Ella nunca la había llamado así. Tatiana Ivánovna, que erraba silenciosamente de un mueble a otro, arreglando y dejando en su lugar uno por uno los objetos, le dirigió una mirada perdida, extraña.

—¿Barinia?

—Hemos envejecido, ¿eh, mi pobrecita? Pero tú, tú no cambias. Hace bien mirarte... No, realmente tú no cambias.

—A mi edad ya no se cambia sino en el ataúd —dijo Tatiana Ivánovna con su leve sonrisa de antaño.

Helena Vasílievna titubeó, murmuró en voz baja:

—¿Te, acuerdas bien de nuestra casa?

La anciana se sonrojó súbitamente, alzó al aire sus manos temblorosas.

—¡Si me acuerdo, Helena Vasílievna!... ¡Dios!... ¡Sería capaz de decir en qué lugar estaba cada cosa!... ¡Podría entrar en la casa y caminar con los ojos cerrados!... ¡Me acuerdo de cada vestido vuestro, creo, y de los trajes de los niños, y de los muebles, y del parque, mi Dios!...

—El salón de los espejos, mi pequeña sala rosa...

—El canapé, en el que os sentabais en las noches de invierno, cuando hacíamos bajar a los niños...

—¿Y antes? ¿De nuestra boda?...

—Todavía puedo ver el vestido que llevabais, vuestros diamantes en los cabellos... El vestido era de muaré, con el viejo encaje de la finada Princesa... Ay, mi Dios, Lúlichka no lo tendrá igual...

Callaron ambas. Nicolás Aleksándrovich miraba fijamente el patio oscuro; en su memoria veía a su mujer, tal como se le había presentado en el baile la primera vez, cuando todavía era la condesa Eléztkaia, con su gran vestido de satén blanco y sus cabellos de oro... Cuánto la había amado... ¿Pero y qué? Terminaban sus días juntos... Eso ya era bonito... Si solamente estas mujeres se callaran... si no existieran estos recuerdos en el fondo del corazón, la existencia sería soportable... Con esfuerzo pronunció entre sus dientes apretados, sin volver la cabeza:

—¿Para qué? ¿Para qué? Se terminó. Ya no volverá. Que otros esperen, si quieren... se terminó, se terminó —repitió con algo parecido a la cólera.

Helena Vasílievna le cogió la mano, llevó a sus labios sus dedos pálidos, como otrora.

—Esto sale del fondo del alma, a veces... Pero no hay nada que hacer... Es la voluntad de Dios... Kolia, amigo... querido... estamos juntos, lo demás...

Hizo un vago gesto con la mano; se miraron en silencio, buscando otros rasgos, otras sonrisas, en el fondo del pasado, en sus viejos rostros.

La habitación estaba a oscuras y cálida. Helena Vasílievna pidió:

—Tomemos un taxi, vamos a alguna parte, esta noche, ¿quieres? Había antes un pequeño restaurante, cerca de Ville d'Avray, sobre el lago, al que fuimos en 1908, ¿te acuerdas?

—Sí.

—Quizás exista aún.

—Quizás —dijo él alzando los hombros—: Uno se imagina que todo se derrumba junto con uno, ¿verdad? Vamos a ver.

Se levantaron, encendieron la luz. Tatiana Ivánovna estaba de pie en medio de la habitación, mascullando palabras incomprensibles.

—¿Te quedas, Niániuchka? —preguntó maquinalmente Nicolás Aleksándrovich.

Pareció despertar; sus labios temblorosos siguieron moviéndose largo rato, como haciendo un esfuerzo por formar las palabras.

—¿Y adónde podría ir? —dijo por fin.

Cuando quedó sola, se sentó ante el retrato de Yuri. Su mirada estaba fija en él, pero otras imágenes seguían pasando en su recuerdo, más antiguas, olvidadas de todos. Rostros muertos, vestidos con medio siglo de vejez, habitaciones abandonadas... Recordaba el primer grito plañidero y agrio de Yuri... "Como si hubiera sabido lo que le esperaba", pensó. "Los otros no gritaron así..."

Luego se sentó junto a la ventana y se puso a zurcir las medias.



## CAPITULO SÉPTIMO

Los primeros meses de la vida de los Karín en París fueron calmos. Sólo en otoño, cuando el pequeño André regresó de Bretaña y hubo que pensar en instalarse, comenzó a escasear el dinero. Las últimas joyas hacía mucho que se habían ido. Quedaba un pequeño capital que podía durar dos, tres años... ¿Y después? Algunos rusos habían abierto restaurantes, cabarets nocturnos, pequeñas tiendas. Los Karín, como los demás, con sus últimos céntimos compraron y amueblaron una tienda, al fondo de un patio, y ahí comenzaron por vender alguna vieja cubertería que habían podido traer consigo, los viejos encajes, los iconos. Al principio nadie compraba nada. En octubre había que pagar el plazo. Luego, André fue enviado a Niza. El aire de París le ocasionaba crisis de ahogo. Pensaron en mudarse. Les ofrecieron, cerca de la Porte de Versailles, un piso menos caro y más claro, pero sólo tenía tres habitaciones y una cocina estrecha como un armario. ¿Dónde alojar a la vieja Tatiana? De ninguna manera se la podía hacer subir al sexto, con sus piernas malas. Mientras tanto, cada fin de mes era más difícil que el anterior. Las criadas se marchaban, unas después de otras, sin lograr habituarse a estos extranjeros que dormían de día y, de noche, comían, bebían, dejaban desparramada la vajilla sucia en los muebles del salón hasta la mañana siguiente.

Tatiana Ivánovna trató de hacer algunos pequeños trabajos, limpiezas, pero se estaba poniendo débil, y sus viejas manos no tenían fuerza para alzar los pesados colchones franceses ni las piezas de paño mojado.

Los niños, ahora permanentemente ociosos e irritados, la trataban mal, le respondían: "Deja. Vete. Lo embrollas todo. Lo rompes todo". Ella se marchaba sin decir nada. De hecho, no parecía siquiera oírlos. Pasaba horas enteras, inmóvil, con las manos entrelazadas en las rodillas, mirando silenciosamente al espacio. Estaba encorvada, casi plegada en dos, y tenía la piel blanca, muerta, con venas azules, hinchadas en los ángulos de los párpados. A menudo, cuando la llamaban no respondía, se contentaba con apretar más aún su pequeña boca hueca. No estaba sorda, sin embargo. Cada vez que un nombre de su tierra, aun pronunciado en voz baja, apenas suspirado, se le escapaba a uno de ellos, ella se estremecía y decía de pronto con voz débil y calma:

—Sí... el día de Pascua, cuando ardió el campanario de Temnaia, recuerdo...

O bien:

—El pabellón... cuando partisteis ya el viento había hecho añicos los cristales... me pregunto qué se habrá hecho de todo eso...

Y volvía a callar y a mirar la ventana, los muros blancos y el cielo sobre los techos.

—¿Cuándo vendrá por fin el invierno? —decía—. Ay, mi Dios, cuánto hace que no vemos ni el frío ni el hielo... El otoño es tan largo aquí... En Karínovka, sin dudas, todo está blanco ya, y el río helado... Os acordáis, Nicolás Aleksándrovich, cuando teníais tres o cuatro años, yo era joven entonces, y vuestra finada madre decía: "Tatiana, ya se ve que eres del norte, hija... A la primera nieve te vuelves insensata..." ¿Os acordáis?

—No — murmuraba Nicolás Aleksándrovich con aire cansado.

—Yo me acuerdo, y muy pronto —gruñía— sólo quedaré yo para recordar.

Los Karín no contestaban. Cada uno de ellos tenía bastantes recuerdos propios, aprensiones y tristezas. Un día Nicolás Aleksándrovich dijo:

—Los inviernos de aquí no se parecen a los nuestros.

Ella se estremeció.

—¿Cómo es eso, Nicolás Aleksándrovich?

—Ya lo verás pronto —murmuró él.

Ella lo miró fijamente y calló.

La expresión extraña, desconfiada y huraña de sus ojos le había llamado la atención por vez primera.

—¿Qué tienes, mi viejita? —le preguntó suavemente.

Ella no contestó nada. ¿Para qué?

Todos los días miraba el calendario, que señalaba el principio de octubre, escrutaba largamente el borde de los techos, pero la nieve no caía aún. No veía más que tejas oscuras, la lluvia, las temblorosas hojas secas de otoño.

Ahora pasaba el día entero sola. Nicolás Aleksándrovich recorría la ciudad en busca de antigüedades, joyas para su tiendecita; lograron vender algunas cosas viejas y comprar otras.

Otrora, Nicolás Aleksándrovich había poseído colecciones de porcelanas preciosas, y fuentes cinceladas. Ahora, a veces, al regresar por los Campos Elíseos, al anochecer, con un paquete bajo el brazo, solía olvidar que no era para su casa, para sí mismo para quien había trabajado. Caminaba de prisa, respiraba el olor de París, miraba el crepúsculo, las luces que brillaban, casi feliz y con el corazón henchido de una triste paz.

Lulú había obtenido un puesto de modelo en una casa de modas. Insensiblemente, la vida se organizaba. Regresaban tarde, cansados, trayendo de la calle, del trabajo, una especie de excitación que tardaba un tiempo en disiparse entre risas, palabras, pero la morada sombría y la enmudecida anciana los enfriaban poco a poco. Cenaban de prisa, se acostaban y dormían, sin un sueño, molidos por la dura jornada.

## CAPÍTULO OCTAVO

Pasó octubre, y comenzaron las lluvias de noviembre. De la mañana a la noche se oían los chaparrones que rebotaban con estruendo en los adoquines del patio. En los apartamentos el aire era cálido, pesado. Cuando se apagaban los caloríferos, por la noche, la humedad exterior penetraba por las, ranuras del piso. El viento agrio soplaba bajo las faldas de hierro de las chimeneas apagadas.

Durante horas enteras, sentada ante la ventana en el apartamento vacío, Tatiana Ivánovna miraba caer la lluvia y los goterones que corrían por los cristales como una oleada de lágrimas. De una cocina a otra, por encima de las idénticas cajas fresqueras y el cordel tendido entre dos clavos en el que se secaban los repasadores, las sirvientas intercambiaban chistes y quejas en esa lengua rápida que ella no comprendía. Hacia las cuatro volvían los niños de la escuela. Se oían los pianos que tocaban todos a la vez y, sobre cada mesa, en los comedores, se encendían idénticas lámparas. Se corrían las cortinas ante las ventanas y ya no oía más que el sonido de la lluvia y el sordo fragor de las calles. ¿Cómo podían vivir todas esas gentes encerradas en esas casas negras? ¿Cuándo llegaría la nieve?

Pasó noviembre, luego las primeras semanas de diciembre, apenas más frías. Las nieblas, los humos, las últimas hojas muertas, aplastadas, arrastradas por los regatos... Luego Navidad. El 24 de diciembre, después de una cena liviana, rápida, en un rincón de la mesa, los Karín se marcharon a pasar Nochebuena con amigos. Cuando le dijeron adiós antes de salir, hizo un ademán de alegría al verlos vestidos, como otrora, Nicolás Aleksándrovich con traje. Miró sonriente a Lulú, su vestido blanco, sus largas trenzas enredadas sobre la nuca.

—Vamos, Lúlichka, esta noche te encuentras novio, Dios mediante.

Lulú alzó silenciosamente los hombros, se dejó besar sin decir nada, y se fueron. André pasaba las vacaciones de Navidad en París. Iba vestido con la chaqueta, los pantaloncillos azules, la gorra del liceo de Niza en donde seguía el curso; parecía más grande y más fuerte; tenía un modo rápido y vivo de arrojar las palabras, el acento, los gestos, el argot de un muchacho nacido y criado en Francia. Esa vez era la primera en que salía de noche, con sus padres. Reía, cantaba. Tatiana Ivánovna se asomó a la ventana, lo siguió con la vista viéndolo caminar delante, saltando sobre los charcos. La puerta cochera se cerró con un choque sordo. Tatiana Ivánovna estaba sola otra vez. Suspiró. El viento, suave pese a la estación, y cargado de finas gotas de lluvia, le soplaba en la cara. Alzó la cabeza, miró maquinalmente el cielo. Apenas se percibía entre los techos un espacio oscuro, de un color singularmente rojo, como abrasado por un fuego interior. En la casa, los gramófonos tocaban en los distintos pisos músicas discordantes.

Tatiana Ivánovna murmuró:

—En nuestra casa... — y calló.

¿Para qué? Se había terminado hacía mucho... Todo había terminado, estaba muerto...

Cerró la ventana, regresó al apartamento. Alzaba la cabeza, respiraba como con esfuerzo, con expresión inquieta e irritada. Estos cielos rasos bajos la asfixiaban. Karínovka... La casa grande, sus ventanas inmensas por las que el aire y la luz penetraban a raudales; las terrazas, los salones, las galerías, en donde las noches de fiesta cabían

cómodamente cincuenta músicos. Recordaba la noche de Navidad, cuando Kiril y Yuri se habían marchado... Habían pasado cuatro años... Le parecía ver las columnas brillantes de hielo, al claro de luna. "Si no fuera tan vieja", pensó, "de buena gana haría el viaje... Pero no sería la misma cosa... No, no", masculló vagamente, "no sería la misma cosa..." La nieve... Cuando la viera caer habría terminado... Olvidaría todo. Se acostaría y cerraría los ojos para siempre. "¿Viviré hasta entonces?", murmuró. "Todo está en manos de Dios."

Maquinalmente cogió las ropas desparramadas sobre las sillas, las plegó. Desde hacía un tiempo tenía la impresión de ver en todas partes una fina capa de polvo, pareja, que caía del cielo raso y cubría los objetos. Había empezado en otoño, cuando la noche comenzó a llegar más temprano, cuando se había atrasado la hora de encender las lámparas para no gastar demasiada electricidad. Cepillaba y sacudía sin cesar las telas; el polvo se iba, mas sólo para volver a caer enseguida más allá, como una ceniza liviana.

Recogió las prendas, las cepilló mascullando con expresión alelada y sufriente:

—¿Qué será? ¿Pero qué puede ser?

Bruscamente se detuvo, miró en derredor. Por momentos no comprendía qué hacía allí, rondando en esas habitaciones estrechas. Se llevó las manos al pecho, suspiró. Hacía calor, estaba pesado, y los caloríferos, excepcionalmente encendidos aún en esta noche de fiesta, despedían un olor de pintura fresca. Quiso cerrarlos, pero nunca había comprendido la manera de manejarlos. Hizo girar varias veces la manivela y abandonó. Otra vez abrió la ventana. El apartamento del otro lado del patio estaba iluminado y proyectaba en la habitación un rectángulo de luz viva.

"En nuestra casa", pensó, "ahora en nuestra casa..."

El bosque estaba helado. Cerró los ojos, vio con extraordinaria precisión la nieve profunda, los fuegos del pueblo que destellaban a lo lejos, y el río al borde del parque, brillante y duro como el hierro.

Quedó inmóvil pegada a la ventana, tirando con gesto familiar el chal sobre las mechadas de sus cabellos despeinados. Caía una garúa rara y tibia; las gotas brillaban, empujadas por brascas ráfagas de viento, le mojaban la cara. Se estremeció, apretó más fuertemente contra sí los faldones de su viejo pañolón negro. Le zumbaban los oídos, de pronto parecía que los atravesara un ruido violento, como el de un aldabón contra una campana. Le dolía la cabeza, el cuerpo todo.

Abandonó el salón, entró en su pequeña habitación, al fondo del pasillo, se acostó.

Antes de meterse en la cama se arrodilló, dijo sus plegarias. Se persignó, tocó el suelo con la frente inclinada, como todas las noches. Pero las palabras se le enrevesaban esta noche en los labios; se detuvo; miró con una suerte de estupor la pequeña llama brillante al pie del icono.

Se acostó, cerró los ojos. No lograba dormirse, escuchaba, pese a sí misma, los crujidos de los muebles, el ruido del reloj del comedor, como un suspiro humano que precedía el toque de la hora batiendo en el silencio, y, por encima, por debajo de ella, los gramófonos, todos en marcha en esa Nochebuena. Había gente que subía las escaleras, bajaba, atravesaba el patio, salía. Se oía gritar a cada instante: "¡Puerta, por favor!" y el eco sordo de la puerta cochera que se abría y se cerraba y los pasos que se alejaban por la calle. Pasaban taxis veloces. Una voz ronca llamaba al conserje en el patio.

Suspirando, Tatiana Ivánovna volvió la cabeza pesadamente en la almohada. Oyó dar las once, luego medianoche. Se durmió varias veces, se despertó. En el momento en que perdía el conocimiento, cada vez, percibía en sueños la casa de Karínovka, pero la imagen se borraba, se apresuraba a cerrar los ojos para volverla a captar. Cada vez faltaba un

detalle. Ora el delicado amarillo de la piedra había virado a un rojo de sangre seca, ora la casa estaba ciega, tapiada, sin ventanas. Sin embargo podía oír el sonido débil de las ramas heladas de abeto, agitadas por el viento y que producían un leve ruido de cristal.

De golpe, el sueño cambió. Se vio detenida ante la casa vacía, abierta. Era un día de otoño, a la hora en que los domésticos venían a encender otra vez las estufas. Ella estaba abajo, de pie, sola. Veía en su sueño la casa desierta, las habitaciones desnudas, tal como las había dejado, con las alfombras enrolladas a lo largo de las paredes. Subía y todas las puertas golpeaban, movidas por la corriente de aire, con ruido gimiente y raro. Caminaba, se daba prisa, como temiendo llegar tarde. Veía la hilera de habitaciones inmensas, todas abiertas, vacías, con el suelo sembrado de trozos de papel de embalaje, que el viento levantaba.

Finalmente entró en la habitación de los niños. Estaba vacía como las otras, incluso se habían llevado la litera del pequeño André, y, en su sueño, sintió una suerte de estupor: se acordaba de haberla arrinconado ella misma en la habitación, y de haber enrollado el colchón. Ante la ventana, Yuri, pálido, sentado en el suelo, adelgazado, con uniforme de soldado, jugaba con los viejos huesecillos, como cuando era niño. Ella sabía que estaba muerto y, sin embargo, sintió al verlo una alegría indescriptible, tan grande que su corazón agotado comenzó a latir con una violencia casi dolorosa; los golpes sordos y profundos daban contra las paredes de su pecho. Todavía tuvo tiempo de verse correr hacia él, atravesar el parquet polvoriento, que gritaba bajo sus pasos como otrora, y en el momento en que iba a tocarlo, despertó.

Era tarde. Amanecía.

## CAPÍTULO NOVENO

Se despertó gimiendo y permaneció inmóvil, tendida de espaldas, mirando estupefacta las ventanas claras. Una niebla opaca y blanca llenaba el patio y, para sus ojos cansados, parecía nieve, como suele caer la primera vez en otoño, espesa y enceguecedora, difundiendo una especie de luz mortecina, de un duro blanco brillante.

Junto las manos, murmuró:

—La primera nieve...

La miró largo rato con expresión de arrobó a la vez pueril y un poco asustado, insensato. El apartamento estaba silencioso. Sin dudas nadie había vuelto aún. Se levantó, se vistió. No despegaba la mirada de la ventana, imaginándose la nieve que caía, la nieve que rayaba el aire con huidiza rapidez, como plumas de pájaro. Por un momento creyó oír el ruido de una puerta cerrándose. ¿Habrían regresado ya los Karín, y dormían?... Pero no pensaba en ellos. Creía sentir los copos de nieve estrellándose contra su cara, con ese gusto de hielo y fuego. Cogió el abrigo, anudó de prisa su pañolón sobre la cabeza, lo cerró con alfileres alrededor de su cuello, con la mano extendida buscó maquinalmente sobre la mesa el manojó de llaves que solía llevar consigo en Karínovka cuando salía. No halló nada, palpó febrilmente, olvidando lo que buscaba, apartó con impaciencia el estuche de sus gafas, la labor comenzada, el retrato de Yuri niño... Le parecía que la esperaban. Una extraña fiebre le quemaba la sangre.

Abrió un armario, lo dejó con la puerta entornada y el cajón abierto. Cayó una percha. Dudó un instante, se encogió de hombros como si no tuviera. tiempo que perder, y bruscamente salió. Cruzó el apartamento, descendió las escaleras con su pequeño paso rápido y silencioso. Afuera, se detuvo. La niebla helada llenaba el patio con una masa blanca, densa, que se levantaba lentamente del suelo, como humo. Las finas gotitas le picaban el rostro, como las puntas de las agujas de nieve cuando caen, semifundidas y mezcladas aún con la lluvia de septiembre.

Tras ella, salieron dos hombres bien vestidos que la miraron con curiosidad. Los siguió, se escurrió por la rendija de la puerta, que golpeó a sus espaldas con pesado gemido. Estaba en la calle, una calle negra y desierta; una farola encendida brillaba a través de la lluvia. La niebla se disipaba. Comenzaba a caer una pequeña llovizna aguda y fría; los adoquines y las paredes relucían débilmente. Pasó un hombre, arrastrando las suelas mojadas que echaban agua; un perro cruzó la calzada, como con prisa, se acercó a la anciana, la husmeó, se pegó a sus pasos con un leve gruñido gimoteante e inquieto. La siguió un tiempo y la abandonó. Ella se alejó, vio una plaza., otras calles. Un taxi la rozó tan de cerca que el barro le salpicó la cara. Parecía que no veía nada. Caminaba en línea recta, tambaleándose sobre los adoquines mojados. Por momentos sentía un cansancio tal que sus piernas parecían plegarse bajo el peso del cuerpo y hundirse en el suelo. Alzó la cabeza, miró la luz que provenía del Sena, un jirón de cielo blanco al final de la calle. A sus ojos eso se transformaba en una llanura de nieve como la de Sujarevo. Apresuró el paso, encandilada por una especie de lluvia de fuego que le cortaba los párpados. En sus oídos resonaban campanas.

Por un instante tuvo un relámpago de lucidez; distinguió la niebla y el humo que se disipaban, luego pasó; volvió a ponerse en marcha, inquieta y fatigada, encorvada hacia el

suelo. Por fin llegó a los malecones. El Sena bajaba hinchado y cubría los ribazos; salía el sol y el horizonte estaba blanco, con un destello puro y luminoso. La anciana se acercó al parapeto, miró fijamente esa centelleante franja de cielo. Bajo sus pies una pequeña escalera había sido cavada en la piedra; se cogió de la baranda, la apretó fuertemente con su mano fría y temblorosa, bajó. El agua corría por los últimos peldaños. Ella no la veía. "El río está helado", pensó, "debe de estar helado en esta estación..." Le parecía que sólo había que atravesarlo y que, del otro lado, estaba Karínovka. Veía titilar las luces de las terrazas a través de la nieve.

Pero al llegar abajo, el olor del agua la hirió finalmente. Hizo un brusco gesto de estupor y de cólera, se detuvo un segundo, luego siguió bajando, pese a que el agua le atravesaba los zapatos y le añadía peso a la falda. Y sólo cuando tuvo medio cuerpo en el Sena le volvió totalmente la razón. Se sintió congelada, quiso gritar, pero sólo tuvo tiempo de persignarse antes de que le cayera el brazo alzado: estaba muerta. El pequeño cadáver flotó por un instante como un lío de harapos antes de desaparecer, devorado por el Sena oscuro.

FIN